

Noticias de Joyce y su obra en la prensa española *

ANTONIO RAÚL DE TORO SANTOS

Es bien conocido que la ingente cantidad de bibliografía aparecida hasta ahora en torno a Joyce y su obra se denomina la “James Joyce industry.” Si ello es así, cabría preguntarse en qué medida los investigadores españoles podrían aportar algo original sobre la mentada “industria joyceana.” A nuestro juicio, sin embargo, una respuesta obvia la representa los frutos recogidos durante estos trece años transcurridos desde la fundación de la Asociación Española James Joyce-Spanish James Joyce Society. A partir de este núcleo inicial han ido surgiendo múltiples ideas y proyectos que luego han salido a la luz pública mediante artículos, libros, traducciones, proyectos de investigación, tesis doctorales y la fundación de una revista propia. Todo ello es un logro que merece destacarse. Esa es nuestra mejor contribución al caudal bibliográfico joyceano y nadie mejor que los investigadores españoles para realizar la tarea de estudiar la obra de Joyce en España.

Este preámbulo tiene relación con el título de esta contribución ya que la recepción de la obra de Joyce en España ya ha sido tratada ampliamente por Carlos G. Santa Cecilia en su libro *La recepción de James Joyce en la prensa española (1921-1976)* publicado en Sevilla en 1997, y con anterioridad a esta fecha también se habían publicado artículos sobre dicha recepción en las lenguas peninsulares firmados por Francisco García Tortosa, Joaquim Mallafré y Antonio R. de Toro, en el libro *Joyce en España (I)*, publicado en A Coruña en 1994.

A pesar del enorme mérito y de la gran aportación de datos que ofrecen los libros citados anteriormente, es fácil comprender que casi siempre puede encontrarse algún documento o dato nuevo que complete la información ya conocida porque, a diferencia de fuentes primarias en formato de libro que son asequibles, en este caso estamos hablando de la recepción de la obra joyceana en la prensa española durante un dilatado período de tiempo. La tarea, como se observará, es casi cicolópea y, por su propia naturaleza, estará destinada a permanecer inacabada por el número de publicaciones poco conocidas de toda España en las que, tal vez, podríamos encontrar alguna novedad. Con todo, la información publicada hasta la fecha es muy completa y representa un retrato fiel del fenómeno de la recepción de Joyce en nuestro país porque incluye, en los libros mencionados más arriba, los principales periódicos y revistas publicados en castellano, gallego y catalán que gozaban de difusión y prestigio tanto entre el público en general como entre la intelectualidad de su época.

* Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación subvencionado por la Xunta de Galicia.

Por esa razón, ahora vamos a comentar algunas noticias aparecidas en prensa y que todavía no han sido recogidas en ninguna publicación, y otras que han pasado desapercibidas y pueden ser ilustrativas del proceso de transculturación y en lo concerniente a la recepción de la obra de Joyce en España.

Por orden cronológico, y también por su importancia, merece que nos detengamos en el artículo "Figuras singulares de las letras: James Joyce," del francés Louis Gillet. Aparece en el periódico *El Sol* de Madrid, en la sección "Folletones de *El Sol*," el 20 de noviembre de 1932. Es *El Sol* un periódico de enorme prestigio en toda España que se publica entre 1917 y 1939, y esta parte literaria pertenece a la página dos del periódico. Reservar este lugar para una sección literaria es ya muy significativo e indica con cierta claridad qué línea sigue el periódico y su calidad. Debemos tener en cuenta que en esta sección a menudo encontramos traducciones de autores canónicos de la literatura inglesa, tales como Dickens, Stevenson, Conrad y otros varios, que se publicaban de forma seriada durante semanas.

En el presente caso, el artículo mencionado no concuerda con el contenido habitual de la sección que, como se acaba de indicar, se dedica fundamentalmente a la publicación de novelas extranjeras y algunas españolas. Por el contrario, se trata de una síntesis de un ensayo del crítico francés en torno a *Finnegans Wake*, y más concretamente sobre el episodio "Anna Livia Plurabelle." Que sepamos, es la primera vez que se publica algo así en la prensa periódica española, si exceptuamos el suelto anecdótico, por llamarle de alguna forma, "Ana Sivia (sic) Plurabela" que Ramón Otero Pedrayo había escrito en *El Pueblo Gallego* de Vigo el 12 de mayo de 1931, y que no es más que una breve incursión literaria a partir del personaje joyceano.

Los editores de *El Sol* parecen estar al corriente de la crítica joyceana hasta ese momento, que ya no es poco, y, como preámbulo al artículo de Gillet, escriben:

Tres grandes escritores, el inglés Stuart Gilbert, el alemán E. R. Curtius y el francés Louis Gillet, han estudiado la obra de Joyce.

Oigamos al francés disertar sobre el humor y el estilo en la última obra del novelista británico.

El artículo de Louis Gillet es claramente elogioso con la obra de Joyce en conjunto, y sobre *Work in Progress*, en particular. Las primeras palabras son ya muy reveladoras del tono empleado, y dice:

Mister Joyce es, sin duda alguna, el más locamente dotado de todos los escritores vivientes, como ninguno desde Rabelais, para la virtuosidad y la invención verbales, para cuanto concierne a la belleza y a la música de las palabras, y es también al mismo tiempo el artista más reflexivo, el más dueño de su oficio y de sus efectos, que se puede imaginar. . . .

En el *Work in Progress* es todo el tejido lingüístico, es la constitución misma del lenguaje, la materia del discurso, la que se encuentra alterada y casi trastornada: trátase de

una total refundición de los elementos del diccionario, y en suma, de una operación que equivale a la creación de una nueva lengua.

Louis Gillet sigue argumentando que es indudable que todo gran artista opera de ese modo, es decir, tiene su vocabulario, su estilo, pero en el caso de Joyce es algo fuera de lo común, y añade:

Nadie duda de que Mr. Joyce sea uno de los más grandes artistas conocidos. Pero el genio de la lengua, esa especie de demonio de las palabras que lo posee, llega en el presente caso a un monstruoso desenvolvimiento, a algo así como una enfermedad.

El artículo prosigue señalando algunas de las características que estamos ya habituados a oír en la crítica joyceana, en concreto, subraya la melomanía de Joyce y su reflejo en su obra, y llega a sugerir: "Valdría la pena de estudiar la influencia de la música sobre su manera de escribir; quizá se consiguiese así la mejor explicación de su obra." Como sabemos, esa sugerencia sería atendida bastantes años más tarde con la publicación de *Musical Allusion in the Works of James Joyce*, de Zack Bowen, y más humildemente con la realización, por parte del que esto suscribe, del vídeo "La música en *Ulysses*," presentado en uno de los primeros Encuentros de la *Asociación Española James Joyce* celebrados en Sevilla.

Louis Gillet reconoce que para muchos el juego de palabras indica una especie de talento muy desacreditado y añade

que las personas de buen gusto ceden a los estudios de pintorzuelos y a las mesas redondas de provincia. En él sobresalía Victor Hugo. En Homero, cuando el Cíclope le pregunta su nombre a Ulises, éste responde *Outis*, es decir, *Nadie*. . . . En *Ulysses*, el calambur se convierte en uno de los elementos de lo cómico.

Sólo que escribir todo un libro de esta traza, extender ese sistema de deformaciones y de muecas a todas las líneas y a casi todas las palabras de cada línea de una larga obra es, como se dice vulgarmente, harina de otro costal: un empeño quizá heroico, quizá insensato, al que no se le encuentra precedente alguno en la literatura. . . . Su pillería, su irresistible travesura de play-boy o de gracioso irlandés, se matiza de una infinidad de intenciones secundarias, de emociones poéticas, de conocimientos de todo género, y bajo la chanza se encuentra enseguida la sombría imaginación de su antepasado el deán Swift.

Teniendo presente que esto está escrito en 1932, y al margen de las contribuciones en torno a Joyce desde las diferentes corrientes críticas que llegan hasta hoy día, las palabras de Gillet que divulga el diario *El Sol* parecen todavía vigentes. Y aún añade:

Mister Joyce se ha construido, pues, un instrumento para su uso, de un inaudito número de cuerdas, que sus ágiles dedos manejan con rapidez tal, que se ve agitar sus carretes a las encajeras del Puy, haciendo aparecer en los vocablos una milagrosa variedad de significaciones.

Todo lo anterior lo ilustra Gillet con múltiples ejemplos tomados del capítulo “Anna Livia,” cosa, por otra parte, muy inusual ya que no olvidemos que está publicado en un diario de noticias y no en una revista literaria. Gillet, que conocía personalmente a Joyce, dice en el mismo artículo: “Estas veinticinco páginas—me decía el autor—me han costado mil setecientas horas de mi vida. . . . Quizá sea una locura. Dentro de un siglo se juzgará de ello.”

Gillet sigue diciendo que la crítica debe ser prudente en el juicio pues los logros artísticos de Joyce son enormes, y nos recuerda: “no nos apresuremos a decidir antes del fin si la partida está perdida o ganada. *It's for us to tell*. La experiencia de *Ulises* nos enseña a no fiarnos demasiado de nuestros primeros juicios, ya que ciertas novedades que chocan en un comienzo a nuestros hábitos tienen a veces su gracia y su precio.”

Finaliza su artículo comunicando al lector que Joyce, después de escribir *Ulysses*, podía perfectamente reposar con gloria sobre los laureles de su fama, y, en cambio, prefirió arriesgarlo todo en una aventura incierta, y que tal valor merece admiración. Admite que, a pesar de las múltiples dificultades que implica el intento de “descifrar la esfinge,” lo que más le conmueve en su obra “es la calidad poética de ciertas páginas tranquilas que no tratan de asombrar.”

En definitiva, esta aportación de Louis Gillet que publica *El Sol* sobre “Anna Livia” es muy completa por su contenido, por lo temprano en aparecer en España y, finalmente, merece destacarse el hecho de que ese artículo aparezca en segunda plana de un diario de noticias.

La siguiente noticia que quisiéramos comentar nada tiene que ver con el contenido erudito del anterior, más bien nos interesa por las afirmaciones que realiza sobre el escritor. El suelto, sin firma, se publica en tercera página del *Diario Arriba* el 14 de enero de 1941, con motivo del fallecimiento de Joyce. El contenido, como cabría esperar, consiste en una breve referencia en torno a las obras de Joyce, y copia exactamente algún párrafo del artículo anterior de Louis Gillet, y el tono general delata su total deuda con el crítico francés, y casi con seguridad, a través de *El Sol*, a pesar de que había sido publicado en 1932. Con todo, lo más chocante en él consiste en la afirmación de la estancia de Joyce en Madrid y ofrece detalles concretos: “Vivió en Roma, en París, en Trieste, en Zurich y hacia 1916 en Madrid, en la casa nº 88 de la calle Mayor, que es la del atentado contra Alfonso XIII y D^a Victoria Eugenia.” Esta referencia la recoge Santa Cecilia en el libro antes citado, y simplemente nos limitamos a transcribir la noticia que el periódico publica.

La revista *Vértice*, también con motivo del fallecimiento de Joyce, publica un artículo firmado por Cristóbal de Castro, titulado “James Joyce o el tímido audaz.”¹ La información que aporta sigue a Carlo Linati, pero con la particularidad de que incurre en numerosos errores, por ejemplo, dice que “Suiza lo acoge en la infancia y lo educa en la adolescencia,” o que “sus padres se trasladan a Suiza”;

A Portrait lo cita como *A Portrait of the Artist as Young* (sic), y menciona que a esta obra le sucede *Dedalo*, que en realidad es una traducción francesa de *Stephen Hero*. Asimismo, Sylvia Beach se transforma en Beads, y Leopold Bloom en Blossom. En definitiva, una paráfrasis con informaciones tomadas de Linati pero repleta de errores.

Juan Ramón Masoliver es uno de los pocos críticos que mejor conocen en España la importancia de la obra de Joyce, y merece la pena comentar, aunque sea brevemente, su artículo “Breve recuerdo de James Joyce,” que aparece en la sección Arte y Letras de la revista *Destino* de Barcelona, el 28 de noviembre de 1942.

Comienza afirmando que todo aficionado ha sufrido la lectura de autor con mayor o menor grado. En su caso particular, confiesa: “Más dos lecturas conozco, dos emociones estéticas, que, quien los experimentó, no puede olvidarlas: concretamente Ezra Pound en VIII de sus *Cantos*; el difunto James Joyce, en la poética “Anna Livia Pluribella (sic) de su *Finnigan's Wake* (sic).” Masoliver resalta el carácter melódico de la poesía de Pound, entre otras características, porque según él, “Ezra Pound canta su poesía como los viejos trovadores: alarga una sílaba, alza otra en trémolos, escupe una palabra, susurra otra frase, todo ello con su vozarrón de chantre abaritonado.” Algo parecido afirma de Joyce en su artículo:

Suponiendo que ese su idioma universal, donde el inglés no es más que el excipiente para vocablos de catorce lenguas o de pura invención; no sé si por sus amistades parisienses y su común participación al grupo Imagist, cierto es que otro tanto suponía “Anna Livia” en labios de Joyce, cuando a la sombra amable de miss Sylvia Beach la cantaba en la trastienda de la librería “Shakespeare & Co.,” rue de l'Odéon. Con mejor voz, si se quiere: encantador acento atenorado; con más ironía; con más gesto de vidente, tras sus cristales negros de semiciego.

Añade que alrededor de los años treinta Joyce con su fama había sepultado a Proust y compañeros, y también que el articulista conoce algunas páginas traducidas en *Hélix*, que en realidad son del capítulo 7 del *Ulysses*, “Eolo,”² pero ignora los fragmentos traducidos al gallego en 1926 en la revista *Nós*.

El artículo sigue desgranando algunos de los rasgos ya sobradamente conocidos hoy día, pero que no lo eran en absoluto en 1942 cuando él escribía. Menciona el personaje de Humphrey Chimpden Earwicker, y sus sucesivas interpretaciones posibles en “Anna Livia,” así como la utilización de otros recursos estilísticos y juegos lingüísticos que desconciertan al lector, y resume:

Esta era la vena de sus conversaciones, tras la que ocultaba la conciencia filológica y el incansable afán estilístico más considerables de nuestro tiempo. Ahí están las veinticinco páginas de “Anna Livia”—pulidas y revisadas a razón de veinticuatro horas por página—cuyo inglés, más o menos alterado, el de dos lavanderas, esconde los nombres de quinientos ríos en loanza del Liffey.

Finaliza el artículo Juan Ramón Masoliver recordando que la glosa que está haciendo consiste en perfilar el ser humano más que entrar en estudios filológicos, tarea que deja para otros, y destaca:

Ese jugar con la ironía, ese traer a colación todo lo *improper*, todo lo *shocking*, para mostrar la vanidad de la vida y, en definitiva, para celar uno de los corazones más púdicos y delicados que hayan nacido. Su frente abombada de pensador y su mandíbula voluntariosa, corregidas por la ceguera y por una sonrisa de Gioconda: he aquí un retrato acabado. Añádase las maneras afables, y cierto orgullo o petulancia de introvertido. Y su andar erguido al son de un bastón blanco.

A pesar de las opiniones diferentes que aquí han aparecido, un rasgo común y un gesto de nobleza se repite en, al menos, tres articulistas y escritores, es decir, su reconocimiento de la dificultad de abordar el *Ulysses*. Eugenio d'Ors en "Joyce,"³ quien afirma haberle tratado unas horas en la librería de Adrienne Monnier, en París, admite que

A aquellas alturas, ya había leído yo cuatro o cinco veces el *Ulysses*; sólo que, a cada vez, no había pasado de una quinta o una cuarta parte. Mi buena voluntad en la tentativa se demuestra, por el hecho de haber repetido la prueba encarándola con dos o tres idiomas distintos; sin contar con el joyciano, dialecto que, ignoro por qué razón, me pareció que donde mejor traducido era en el italiano. . . . Terco de mí, ni experiencias ni contagios llegaron a ganarme. La monstruosidad: esto es lo que ante Joyce me detenía.

José Luis Cano, en la revista *Ínsula*,⁴ en 1951 nos cuenta que la versión francesa de *Ulysses* es la más recomendable "para quien quiera avanzar en la abismática y misteriosa selva de las mil páginas del «Ulises» (sic). No recomendamos la versión *argentina* que publicó *Sur* hace años, y que no pudimos terminar."

Por último, recogemos la confesión que Vicente Risco publica en el diario compostelano *La Noche*,⁵ en 1954, titulado "El *Ulysses* fue más fuerte que yo."

Me prestaron una edición española, hecha en América, del famoso *Ulysses* de James Joyce. Debe ser por la aparición tardía o de alguna otra edición, el caso es que se vuelve a oír hablar de este autor.

Risco entonces rememora aquellos años veinte en que él mismo y Otero Pedrayo se interesaron por la obra de Joyce, y admite de algunas partes de *Ulysses* que "gustándome o sin gustarme, aquellos trozos me interesaron, y como casi puede decirse, . . . entonces era casi obligatorio el admirarlo." Se refiere Risco a la popularidad del escritor irlandés y su categorización como escritor de culto, y en realidad así era en el círculo de intelectuales gallegos del que formaba parte.

Mas Risco no es un pedante, y ahora de nuevo confiesa que emprendió su lectura con la mejor voluntad. A pesar de sus buenas intenciones exclama:

¡Pero, señores! El *Ulysses* fue más fuerte que yo. No he podido soportar su peso. Haciendo grandes esfuerzos lo recorrí a saltos desde el comienzo al final, desde el remate al principio, pero no logré leerlo entero, ni puedo creer que nadie lo haya leído. . . . Desde luego, me parece que el *Ulysses* es un libro más fácil de escribir que de leer. Tiene, desde luego, cosas muy buenas, magníficas si se quiere, mas para llegar a esos oasis de complacencia, o de sorpresa, o de irritación, es preciso recorrer desiertos de aridez, caminos de inanidad, incluso fangales de sentido común que producen una fatiga interminable, un cansancio de cincuentenas de páginas o más aún.

Y termina su artículo diciendo:

Mi voluntad se sostuvo unos quince días, plazo del préstamo, agarrando todos los días el *Ulysses* y persistiendo en la lectura por medio de mil estratagemas y subterfugios. . . . Cuando llegó el momento de devolverlo, fue un sentimiento de alivio tan grande como si me sintiese flotar en el aire, sin peso ni fatiga. . . . El mundo y yo poníamos buena cara y un olvido generoso sobre el libro y sobre su autor.

Estas tres reflexiones finales, por su sinceridad, pueden ayudarnos a entender un poco mejor cómo se ha ido produciendo la penetración de la obra de Joyce en la prensa periódica española, y confortar, si cabe, al lector que se considera frustrado ante la obra de Joyce.

Notas

¹ *Vértice*, 41 (febrero 1941): 25-26.

² Joaquín Mallafre, "Joyce en catalán," *Joyce en España* (I), eds. Francisco García Tortosa y Antonio Raúl de Toro (A Coruña: Servicio de Publicacións da Universidade da Coruña, 1994) 40.

³ Eugenio d'Ors, "Joyce," *Arriba* 6.5 (1946): 3.

⁴ José Luis Cano, "Biografía," *Ínsula* 15.3 (1951): 5.

⁵ Vicente Risco, "El *Ulysses* fue más fuerte que yo," *La Noche* 30.7 (1954): 8.